

XXI. EL ESPÍRITU DE FRANCISCO¹.

«¡Gozo tanto de Dios!»
(Palabras de Francisco)

«¡Gozo tanto de Dios!»... Esto que dijo un niño de 9 años, el beato Francisco Marto, es una lección enorme para todo consagrado como para todo cristiano... ¡Ojalá lo fuese para todo ser humano! Me recuerda la frase de Santa Teresa de los Andes, que se encuentra en una pared del noviciado “Marcelo Javier Morsella”: “*Dios es alegría infinita*”.

«¡Gozo tanto de Dios!»... Es una frase espléndida: en cierto modo compendia toda una eternidad y la razón de nuestra existencia. Compendia la eternidad, porque nos recuerda la síntesis de la vida eterna que hizo el Señor, en la parábola de los talentos, cuando dice al *servidor bueno y fiel... entra en el gozo de tu Señor* (Mt 25,21); y compendia la razón de nuestra existencia, porque, como enseña el primer párrafo del Catecismo de la Iglesia Católica, “Dios, infinitamente Perfecto y *Bienaventurado* en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida *bienaventurada*”.

Elijo este pensamiento –«¡Gozo tanto de Dios!»–, como “leiv motiv” para desarrollar otro aspecto de su espiritualidad, relacionado con su deseo de «consolar a Jesús», que traté de modo sumario en unas “buenas noches”. Me referiré a su espíritu contemplativo, a la purificación de su espíritu y a su «transformación radical», temas de los que ha hecho mención Juan Pablo II en su Catequesis sobre los nuevos beatos.

1. «¡Gozo tanto de Dios!»: su espíritu contemplativo.

Aunque Francisco tenía 10 años cuando murió, es un ejemplo de alma contemplativa. Lucía nos lo muestra así, en la *Memoria cuarta*, dedicada especialmente a sus recuerdos sobre su primo:

«Francisco era de pocas palabras; y para hacer su oración y ofrecer sus sacrificios, le gustaba ocultarse hasta de Jacinta y de mí. No pocas veces le sorprendíamos detrás de una pared o de un matorral, donde, de una manera disimulada, se había escapado de los juegos para, de rodillas, rezar o pensar, como él decía, en Nuestro Señor, que estaba triste por causa de tantos pecados.

Si le preguntaba:

–Francisco, ¿por qué no me llamas para rezar contigo y también a Jacinta?

–Me gusta más –respondía– rezar solo, para así poder pensar y consolar a Nuestro Señor, que está muy triste».²

Lo mismo remarca Lucía en otro lugar:

«De vez en cuando, se alejaba de nosotras de una manera disimulada; y, cuando le echábamos de menos, nos poníamos a buscarlo, llamándole. Entonces nos contestaba desde alguna tapia, o de una mata o árbol, donde rezaba postrado de rodillas.

–¿Por qué no nos avisas para que recemos contigo? –le preguntábamos varias veces.

¹ Texto del libro “*Fátima, y el sol bailó*” del P. Carlos Miguel Buena, IVE.

² *Memoria cuarta*, 141.

–Porque prefiero rezar solo».³

«Un día, hacía tanto tiempo que le echaban de menos, que Jacinta pensó que se había perdido. “¡Francisco, Francisco!” Ninguna respuesta. Finalmente le descubrieron, postrado y sin movimiento, detrás de un montón de rocas. Siguió, no obstante, sin contestar. Apenas se movió cuando le sacudieron, y cuando al final se levantó, casi no se daba cuenta donde se encontraba. Explicó que había estado rezando la oración del Ángel y que después se había quedado allí pensando.

–¿Y no oíste a Jacinta que te llamó?

–¿A mí? No, no oí nada».⁴

A primera vista las ideas: «estar solo para así poder pensar y consolar a Nuestro Señor que está muy triste», «rezar solo», manifiestan un alma contemplativa por excelencia.

Su contemplación es un testimonio para todos. Francisco muchas veces dejaba a su hermana y a su prima, y se iba a rezar solo; en cambio, a nosotros, cuando en la vida sacerdotal y en la vida religiosa, todo nos parece pesado... ¡Es que nos falta amor!

Aquí quiero recordar algo que me gusta repetir porque es parte esencial de la vida religiosa: **toda vida consagrada tiene como finalidad, en distintos modos, la contemplación.**

De hecho, vemos que en la Iglesia están los religiosos que se dedican exclusivamente a la contemplación, «que orientan toda su vida y actividad a la contemplación de Dios»⁵; están los religiosos de vida apostólica, la que vivió Nuestro Señor y los Apóstoles, que tiene como finalidad esencial y primaria la contemplación, pero como fin anejo y secundario la predicación de la verdad revelada; y por otra parte está lo que suele llamarse «vida religiosa activa» –el término no es muy feliz–, que puramente no existe. También religiosos de «vida activa» tienen como finalidad primaria la contemplación, y aneja a esto la práctica de las obras de misericordia.

Esto se desprende claramente de la enseñanza de Santo Tomás, cuando compara los institutos religiosos de vida contemplativa con los de vida activa. Él hace una distinción entre los distintos tipos de obras propios de la vida activa, y destaca cómo toda obra de apostolado «se desprende de la contemplación de las cosas divinas»:

«Se debe notar que las obras de la vida activa son de dos géneros: *unas derivan de la plenitud de la contemplación*, como la enseñanza y la predicación. Por eso San Gregorio afirma que “de los hombres perfectos que regresan de la contemplación se dice en la

³ *Memoria cuarta*, 134.

⁴ WILLIAM THOMAS WALSH, *Nuestra Señora de Fátima*, 202.

⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Vita consacrata* 8: «Los Institutos orientados completamente a la contemplación, formados por mujeres o por hombres, son para la Iglesia un motivo de gloria y una fuente de gracias celestiales. Con su vida y su misión, sus miembros imitan a Cristo orando en el monte, testimonian el señorío de Dios sobre la historia y anticipan la gloria futura. En la soledad y el silencio, mediante la escucha de la Palabra de Dios, el ejercicio del culto divino, la ascesis personal, la oración, la mortificación y la comunión en el amor fraterno, orientan toda su vida y actividad a la contemplación de Dios. Ofrecen así a la comunidad eclesial un singular testimonio del amor de la Iglesia por su Señor y contribuyen, con una misteriosa fecundidad apostólica, al crecimiento del Pueblo de Dios. Es justo, por tanto, esperar que las distintas formas de vida contemplativa experimenten *una creciente difusión en las Iglesias jóvenes* como expresión del pleno arraigo del Evangelio, sobre todo en las regiones del mundo donde están más difundidas otras religiones. Esto permitirá testimoniar el vigor de las tradiciones ascética y mística cristianas, y favorecer el mismo diálogo interreligioso».

Escritura: *proclaman el recuerdo de tu bondad. Y esto se prefiere a la simple contemplación.* En efecto, del mismo modo que el iluminar *es más (maius)* que el solo resplandecer, así también *comunicar a los otros las verdades contempladas es más que el solo contemplarlas (ita maius est contemplata aliis tradere quam solum contemplari)*».

El segundo género de obras que distingue son «las otras obras de la vida activa que consisten totalmente en ocupaciones exteriores, como por ejemplo, dar limosna, recibir huéspedes, y otras de este género, las cuales son inferiores a la contemplación, salvo en caso de necesidad».⁶

Estas obras propiamente hablando no se derivan de la “plenitud” de la contemplación, como la enseñanza y la predicación, pero no por eso dejan de ser “frutos” de la “contemplación de las cosas divinas”. Pienso aquí en religiosos y religiosas de nuestra Familia que trabajan con niños, con enfermos, con ancianos... Aunque gran parte de sus jornadas las tengan dedicadas a obras externas, también necesitan de la contemplación, porque «cuando los religiosos se aplican a las obras de la vida activa por amor de Dios, está claro que *su obrar deriva de la contemplación de las cosas divinas. Y por tanto ellos no están privados totalmente de los frutos de la vida contemplativa*».⁷

De esta enseñanza magnífica de Santo Tomás, que reproduce el sentir de los Padres de la Iglesia y de los santos, se hace eco el Papa al recordar en la Exhortación Apostólica *Vita Consecrata* la necesidad de que la acción apostólica «esté compenetrada de contemplación»: «Los religiosos y religiosas deben continuar en cada época tomando ejemplo de Cristo el Señor, alimentando en la oración una profunda comunión de sentimientos con Él⁸, de modo que toda su vida esté impregnada de espíritu apostólico y *toda su acción apostólica esté sostenida por la contemplación*».⁹

Y es precisamente la contemplación la causa del gozo y de la alegría, que debe tener todo religioso al hacer lo que hace por Jesús.

Dos motivos da Santo Tomás para explicar por qué la contemplación es agradable y causa gozo sobrenatural:

«Primero: porque cada uno encuentra agradable la operación que le es propia, o según su propia naturaleza o según su hábito. Ahora bien, la contemplación de la verdad compete al hombre según su naturaleza, porque el hombre es un animal racional. Como “todos los hombres por su naturaleza desean conocer”, por esto se gozan al conocer la verdad. Y esto es todavía más agradable para quien posee el hábito de la sabiduría y de la ciencia, gracias al cual uno puede contemplar sin dificultad.

Segundo, la contemplación se vuelve agradable por razón del objeto, en cuanto uno contempla lo que ama: como sucede también en la visión material, en la cual se tiene placer no sólo porque el mismo mirar es agradable, sino también porque uno ve la persona amada. Luego, como la vida contemplativa consiste sobre todo en la contemplación de Dios, a la cual estamos movidos por la caridad, como se ha dicho¹⁰, en la vida contemplativa hay gozo no sólo con motivo de la misma contemplación, sino también por razón del mismo amor divino.

⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.*, II-II, 188, 6.

⁷ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.*, II-II, 188, 2.

⁸ Cf. Flp 2, 5-11

⁹ *Vita consecrata*, 9.

¹⁰ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.*, II-II, 1; 2, ad 1.

Y desde todo punto de vista el gozo de la contemplación sobrepasa cualquier alegría humana. Pues el gozo espiritual es superior al carnal, como se ha visto en el tratado sobre las pasiones¹¹; de allí que el mismo amor por el cual amamos a Dios, supera a todo otro amor. Con cuanta razón se dice en los Salmos (33, 9): *Gustad y ved que bueno es el Señor*.¹²

Con cuanta razón San Gregorio había enseñado: «la vida contemplativa es una dulzura muy gustosa».

Teniendo en cuenta todos estos elementos, se comprende por qué la contemplación fue en Francisco el secreto de su “gozo”:

«Cierta día, me dijo:

–Gocé mucho al ver el Ángel, pero más aún me gustó Nuestra Señora. Con lo que más gocé, fue ver a Nuestro Señor, en aquella luz que Nuestra Señora nos introdujo en el pecho. **¡Gozo tanto de Dios!**»¹³

2. La explicación de este gozo.

Ciertamente que la explicación principal de este “gozo sobrenatural”, se encuentra en las apariciones y haber tenido esa experiencia mística extraordinaria, similar a la de Moisés, de ver a Dios como Luz, que penetra el alma y el corazón, donde él mismo llega a verse como en un espejo (Dios como “un fuego que no quema”), que ciertamente contribuyó a que Francisco viviera “**absorbido**” por esa Luz que lo había penetrado tan fuertemente.

«Lo que más le impresionó y absorbió era Dios, la Santísima Trinidad, en esa luz inmensa que nos penetraba hasta en lo más íntimo del alma. Después decía:

–Estábamos ardiendo en aquella luz que es Dios y no nos quemábamos. ¡Cómo es Dios! Esto sí que nadie lo puede decir. Da pena que esté tan triste. ¡Si yo pudiera consolarle!»¹⁴

Sin embargo, fue la contemplación asidua, a la que él frecuentemente se retiraba, la que permitió que su “gozo” continuara durante las durísimas pruebas que tuvo que pasar. Y fue este estado habitual de contemplación el que le encendía en deseos sobrenaturales de ver a Dios y deseos ardientes del Cielo:

«A veces decía:

–Nuestra Señora dijo que tendríamos que sufrir mucho. No me importa; sufro todo cuanto ella quiera. **Lo que yo quiero es ir al Cielo**».¹⁵

Es la contemplación la que enciende el deseo de Dios y el deseo del Cielo: «A la contemplación de Dios nos incita su mismo amor. Por eso San Gregorio afirmaba que contemplación despreciando toda otra ocupación, enardece el deseo de ver el rostro del Creador».¹⁶

Es la contemplación la que nos mueve a amar a Dios, a contemplar su belleza, a gozar de su bondad y de sus maravillas. «A la visión y contemplación del primer principio, es decir, Dios, estamos incitados por su amor». Por eso, explica Santo Tomás, «San Gregorio *puso la esencia de la vida contemplativa en el amor de Dios; porque del amor de Dios uno es*

¹¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th, I-II*, 31.

¹² SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th, II-II*, 180, 7.

¹³ *Memoria cuarta*, 127.

¹⁴ *Ibíd.*, 131.

¹⁵ *Ibíd.*, 127.

¹⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th, II-II*, 180, 1, ad 2.

inflamado a contemplar su belleza. Y porque del conseguir lo que se ama nace la alegría, por esto *la vida contemplativa culmina en el gozo*, que reside en la voluntad; y que a su vez acrecienta el amor». ¹⁷

Era este amor el que, desde los seis años, le movía a gozar de la bellezas de las obras cotidianas de Dios, como son, por ejemplo, las salidas y las puestas del sol:

«Cuando a los siete años comencé a pastorear mi rebaño, él (Francisco) pareció estar indiferente. Allá iba por la noche a esperarme con su hermanita; pero parecía ir por complacerla y no por amistad. Iban a esperarme al patio de mis padres. Y mientras Jacinta salía a mi encuentro, corriendo, tan pronto sentía los balidos del rebaño, él me esperaba sentado sobre las gradas de piedra que había delante de la entrada de la casa. Después nos acompañaba a la vieja era a jugar, mientras aguardábamos que Nuestra Señora y los ángeles encendiesen sus candelas. Él se animaba también a contarlas, pero nada le gustaba tanto como el bonito nacer y ponerse del sol. Mientras se viese algún rayo de éste, no investigaba si ya había alguna candela encendida.

–Ninguna candela es tan bonita como la de Nuestro Señor, decía él a Jacinta, a la que le gustaba más la de Nuestra Señora; porque, según ella, no hace daño a la vista.

Y, entusiasmado, seguía con la vista a todos los rayos que centelleaban en los cristales de las casas de las aldeas vecinas.» ¹⁸

Dios nos dé alma de niños para no perder jamás la capacidad de asombro y para gozar a diario las maravillas de Dios.

3. La «purificación de su espíritu» y su «transformación radical».

Ha señalado Juan Pablo II que la santidad de los pastorcitos «no depende de las apariciones, sino de la fidelidad y del compromiso con que respondieron al singular don recibido del Señor y de María Santísima. Después del encuentro con el ángel y con la bella Señora, rezaban el Rosario varias veces al día, ofrecían penitencias frecuentes por el final de la guerra y por las almas más necesitadas de la divina misericordia, y sentían el intenso deseo de “consolar” el Corazón de Jesús y el de María».

El Papa ha dicho de Francisco que «era un niño bueno, reflexivo, de espíritu contemplativo» ¹⁹, pero que en su vida se dio «una transformación radical», «una transformación ciertamente no común en niños de su edad», a través de «una vida espiritual intensa, que se traduce en oración asidua y fervorosa», que le lleva «a una verdadera forma de unión mística con el Señor», a «una progresiva purificación del espíritu mediante la renuncia y a los propios gustos y hasta a los juegos inocentes de niños».

Esto es bastante decir, si comprendemos que se trata de un niño de 9 años, y por eso es interesante notar de qué modo se dio la «transformación radical», y la «progresiva purificación del espíritu», propia de los grandes místicos. Para mostrarla, conviene mostrar cómo era Francisco antes de las apariciones, según el retrato que de él nos ha dejado Lucía:

«La amistad que me unía a Francisco era sólo debido al parentesco y la que traía consigo las gracias que el Cielo se dignaba concedernos.

¹⁷ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, II-II, 180, 1.

¹⁸ *Memoria cuarta*, 123.

¹⁹ *Audiencia general*, miércoles 17 de mayo de 2000.

Francisco no parecía hermano de Jacinta, sino en la fisonomía del rostro y en la práctica de la virtud. No era tan caprichoso y vivo como ella. Al contrario, era de un natural pacífico y condescendiente.

Cuando, en nuestros juegos, alguno se empeñaba en negarle sus derechos de ganador, cedía sin resistencia, limitándose a decir sólo:

–¿Piensas que has ganado tú? Está bien. Eso no me importa.

No manifestaba, como Jacinta, la pasión por la danza; gustaba más de tocar la flauta, mientras otros danzaban.

En los juegos, era muy animado, pero a pocos les gustaba jugar con él, porque perdía casi siempre. Yo mismo confieso que simpatizaba poco con él, porque su natural tranquilidad excitaba a veces los nervios de mi excesiva viveza. A veces, tomándole por el brazo le obligaba a sentarse en el suelo, o en alguna piedra, mandándole que se estuviera quieto; y él me obedecía como si yo tuviese una gran autoridad. Después sentía pena e iba a buscarlo asiéndole por la mano, y regresaba con el mismo buen humor como si nada hubiera acontecido. Si alguno de los otros niños porfiaba en quitarle alguna cosa que le era propia, decía:

–¡Deja ya!, ¿a mí qué me importa?

Recuerdo que un día llegó a mi casa con un pañuelo en el que estaba pintada Nuestra Señora de Nazaret que le habían traído de esa misma playa. Me lo enseñó con una gran alegría y toda aquella chiquillada le admiró. Andando de mano en mano, al rato el pañuelo desapareció. Se buscó, pero no se encontró. Poco después lo descubrí en el bolsillo de otro pequeño. Intenté quitárselo, pero él porfiaba que era suyo, que también se lo habían traído de la playa. Entonces Francisco, para acabar con la contienda, se acercó diciendo:

–¡Déjalo ya!, ¿qué me importa a mí el pañuelo!

Me parece que si hubiera llegado a ser mayor, su defecto principal hubiera sido el de “tú, tranquilo.”²⁰

En otro lugar, dice lo siguiente:

«Francisco era también un poco diferente: siempre sonriendo, amable y condescendiente, jugaba con todos los niños indistintamente. No regañaba a nadie. Sólo alguna vez se retiraba cuando veía que una cosa no andaba bien. Si se le preguntaba por qué se había ido, respondía:

–Porque vosotros no sois buenos.

O:

–Porque no quiero jugar más».²¹

Lucía cuenta también cuáles eran sus atractivos y entretenimientos preferidos:

«Lo que más le entretenía, cuando andábamos por los montes, era, sentarse en el peñasco más elevado y tocar su flauta o cantar. Si su hermanita bajaba conmigo para echar algunas carreras, él se quedaba entretenido allí con su música y sus cantos. Lo que cantaba con más frecuencia era: “Amo a Dios en el cielo. También lo amo en la tierra. Amo el campo, las flores. Las ovejas en la sierra...”

En nuestros juegos, tomaba parte siempre que le invitábamos, pero a veces manifestaba poco entusiasmo, diciendo:

²⁰ *Memoria cuarta*, 123.

²¹ *Memoria cuarta*, 191.

–Voy; pero seguro que perderé.

Los juegos que sabíamos y en los cuales nos entreteníamos eran: el de las chinas, el de las prendas, pasar el aro, el del botón, el de la cuerda, la malla, la brisca, descubrir los reyes, los condes y las sotas, etc. Teníamos dos barajas: una mía y otra de ellos. El juego de cartas preferido de Francisco era la brisca».²²

Según estos testimonios, podríamos concluir que por su natural tranquilo y pacífico, Francisco tenía una inclinación especial hacia la contemplación. No obstante, era un niño, y cómo niño que era, no estaba habituado a largas oraciones sino más bien a jugar todo el día:

«Nos habían encomendado que, después de la merienda, rezáramos el Rosario, pero como todo el tiempo nos parecía poco para jugar, encontramos una buena manera de acabar pronto: pasábamos las cuentas diciendo solamente: ¡Ave María, Ave María, Ave María! Cuando llegábamos al fin del misterio, decíamos muy despacio simplemente: ¡Padre Nuestro!, y así, en un abrir y cerrar de ojos, como se suele decir, teníamos rezado el rosario».²³

Hasta aquí tenemos un retrato bastante completo de Francisco antes de las apariciones. ¿Cómo se dará «la transformación radical» de este niño pacífico, bondadoso, pero poco preocupado, que a todo parecía responder «qué me importa», interesado en los juegos más que en rezar, aunque a veces se mostraba poco entusiasta hasta en los mismos juegos porque perdía siempre?

Una respuesta que me parece acertada la da Mons. Rendeiro en su “Conferencia sobre el Mensaje de Francisco de Fátima” cuando muestra algunos contrastes de la vida de Francisco, que ponen de manifiesto cómo Dios obró en él de manera progresiva, hasta llevarlo a un alto grado de contemplación, produciendo así la «purificación de su espíritu» y la «transformación».

«El primer contraste que se nota es que Francisco, siendo el único varón e incluso por su edad (era un año menor que su prima Lucía y dos años mayor que su hermana Jacinta) pudiendo ser la cabeza del grupo, siempre aparece en el último lugar, quizá por su temperamento tímido y reservado. Su prima y su hermanita, se presentan mucho más vivaces que él. Además, en los misteriosos designios aparece como el menos favorecido de la gracia: Lucía ve a la Señora y le habla; Jacinta la ve y entiende, pero no habla; Francisco sólo ve, pero no entiende ni habla con la Señora (deberá por tanto creer a lo que su prima y su hermana le confían). Más impresionante todavía es la diferencia en el trato de la Señora, en el primer diálogo con Lucía:

–Y yo, ¿también iré al Cielo?

–Sí, irás.

–¿Y Jacinta?

–También.

–¿Y Francisco?

–También; pero antes tendrá que rezar muchos rosarios.

A las dos niñas el Cielo ha sido prometido incondicionalmente; a Francisco le es puesta una condición: deberá rezar muchos rosarios. Tal vez porque el pequeño era perezoso para rezar. Como sea, los designios de Dios son siempre maravillosos. La condición puesta por la Señora tiene la ventaja de hacer sumergir a Francisco en un estado de oración profunda, y no

²² *Memoria cuarta*, 124.

²³ *Memoria segunda*, 27.

sólo de hacerlo un repetidor mecánico de las fórmulas del rosario. Esta situación secundaria en la cual se encuentra frente a las dos niñas, esta aparente disminución en trato con la Señora, está compensada por una gracia interior, nada inferior a la que recibieron sus compañeras».²⁴

Tratemos de penetrar ahora en el secreto de esta gracia que transformó profundamente a Francisco y lo maduró tan rápido, que finalmente fue el primero en ingresar al cielo. Veamos primeramente la transformación que obró en él la primera aparición:

«La aparición de Nuestra Señora vino a concentrarnos una vez más en lo sobrenatural, pero de una manera más suave. En lugar de aquel aniquilamiento en la presencia divina que nos postraba, incluso físicamente, nos quedó una gran paz y alegría expansiva, que no nos impedía hablar a continuación de cuanto había pasado. Mientras tanto, con respecto al reflejo que nos había comunicado Nuestra Señora con las manos y de todo lo que con él se relacionaba, sentíamos un no sé qué en el interior, que nos movía a callarnos.

Inmediatamente contamos a Francisco, todo cuanto Nuestra Señora había dicho. Y él, feliz, manifestando lo alegre que se sentía por la promesa de ir al Cielo, cruzando las manos sobre el pecho, decía:

–Querida Señora mía, rezaré todos los rosarios que Tú quieras.

Y desde entonces tomó la costumbre de separarse de nosotras como paseando; y, si alguna vez le llamaba y le preguntaba sobre lo que estaba haciendo, levantaba el brazo y me mostraba el rosario. Si le decía que viniese a jugar, que después rezaríamos todos juntos, respondía:

–Después rezo también. ¿No recuerdas que Nuestra Señora dijo que tenía que rezar muchos rosarios?»²⁵

«Notemos ante todo, que Francisco, si bien sabía que su entrada al Cielo estaba condicionada al rezo de muchos rosarios, se mantiene admirablemente en un estado de tranquilidad y confianza. Permanece convencido que dentro de poco tiempo se iría al Cielo y no hacía caso a otra cosa:

–¡Yo voy a ir pronto al Cielo!, dijo Francisco. Y desde entonces repetía:

–Jacinta y yo vamos a ir pronto al Cielo. ¡Al Cielo!, ¡Al Cielo!»²⁶

Resumiendo: como dijo Juan Pablo II, «una vida espiritual intensa, que se traduce en oración asidua y fervorosa, (...), y una progresiva purificación del espíritu mediante la renuncia a los propios gustos», fueron en gran parte el secreto de su santidad y el secreto de su contemplación.

Y como gran contemplativo que fue, al igual que los antiguos monjes del desierto, también él se las tuvo que ver con las asechanzas del demonio que perturban su contemplación. ¡Y qué asechanzas!:

«Bastante diferente es el hecho que ahora se me viene a mi memoria. Estuvimos cierto día en un lugar llamado la Pedreira, y mientras que las ovejas pastaban, nosotros saltábamos de roca en roca, haciendo eco con la voz en el fondo de esos grandes barrancos.

²⁴ El Mensaje de Francisco de Fátima, en: La espiritualidad de los pastorcitos Francisco y Jacinta Marto, Secretariado de los Pastorcitos, Fátima, 46–47.

²⁵ *Memoria cuarta*, 126–127.

²⁶ WALSH, op.cit., 98.

Francisco, como era su costumbre, se retiró a la cavidad de una roca. Cuando pasó un buen rato, lo oímos gritar llamándonos a nosotras y a Nuestra Señora. Asustados por lo que pudiera haberle pasado, nosotras comenzamos a buscarlo llamándole.

–¿Dónde estás?

–¡Aquí, aquí!

Pero todavía tardamos mucho tiempo en encontrarlo, por fin dimos con él temblando de miedo; aún estaba de rodillas, conmocionado de tal forma que no había sido capaz de ponerse de pie.

–¿Qué tienes?, ¿qué fue?

Con la voz medio sofocada por el susto, dijo:

–Era uno de aquellos bichos grandes que estaban en el infierno, que estaba aquí arrojando fuego.

No vi nada, ni Jacinta; y por eso me sonreí y le dije:

–Tú no quieres pensar nunca sobre el infierno, para no pasar miedo, y ahora eres el primero en tenerlo.

Él, cuando Jacinta se mostraba tan impresionada con el recuerdo del infierno, acostumbraba a decirle:

–No pienses tanto en el infierno. Piensa en Nuestro Señor y en Nuestra Señora. Yo no pienso en el infierno para así no pasar miedo.

Y manifestaba no ser nada miedoso. Iba de noche solo a cualquier lugar oscuro, sin dificultad; jugaba con los lagartos; las culebras que se encontraba las hacía enrollarse alrededor de un palo. Echaba en las piedras de las cuevas leche de oveja para que bebiesen. Se metía en dichas guaridas en busca de la cría de las raposas, de conejos, de jinetas, etc...».²⁷

No conozco en este momento a ningún religioso que el demonio perturbe su oración o contemplación de un modo similar a cómo lo hizo en esta aparición a Francisco, con forma de «bicho arrojando fuego». Parece que estaba un poco molesto, como molesto estaba con la oración y penitencia del Cura de Ars, de Santa Gema Galgani, del Padre Pío... Sin embargo, conozco casos de sacerdotes, religiosos y religiosas a los cuales el demonio mucho más sutilmente perturba su oración: por ejemplo, con el uso desmedido de internet, de la televisión, de los videos, de los vehículos y, lamentablemente, con el espíritu mundano con el que se dejan dominar y con el que juzgan las cosas de Dios.

Conclusión:

¡Cuánto para seguir aprendiendo de los santos pastorcitos! Bien dijo el Papa que «por su fidelidad a Dios, constituyen un ejemplo luminoso para niños y adultos sobre cómo es posible conformarse de manera sencilla y generosa con la acción transformadora de la gracia divina».

Ojalá cada uno de nosotros pueda decir siempre, como este niño, aún en las grandes tribulaciones: «¡Gozo tanto de Dios!»

Nos conceda la Virgen la gracia de la contemplación, y la gracia de algún día poder decir por toda la eternidad: «¡Gozo tanto de Dios!».

²⁷ Memoria cuarta, 142–143.